en áulas ni libros, teorías y sistemas sobre el alma y sus pasiones, le ha arrebatado empero sus más hondos secretos, infundiendo vida, expresion y movimiento, á caractéres profundamente humanos. La pasion, primer y ligítimo resorte del arte dramático, es el venero inagotable y cristalino de su délfica y fecunda inspiracion. Embellecer la realidad sin adulterarla, impartir existencia ideal á séres arrancados de la naturaleza misma, arrebatar á la conciencia y al corazon sus más arcanos móviles, infundir aliento á pasiones que traspiren verdad y den márgen á conmovedoras escenas, copiadas de la vida humana: tales son los genuinos recursos que debe emplear el artífice dramático, para producir en el espectador la delicia terrenal y divina de la seduccion estética. Conseguido esto, y esto ha conseguido Peon y Contreras, es claro como la luz meridiana, que supone muy poco el que los personajes vistan á usanza de tiempos antiguos ó de modernos tiempos. El lenguaje de la pasion es idéntico en todas las sociedades y en todas las épocas: por eso las titánicas producciones dramáticas de Sófocles, Racine, Calderon, Shakspeare y Schiller, vivirán eternamente en la memoria de los hombres y serán comprendidas y admiradas siempre.

Peon y Contreras, ajeno de problemas religiosos y sociales, sin aspirar á difundir en las masas dogmas ni doctrinas, enamorado de idealidades é imaginaciones caballerescas, seducido por impulsos y delirios cortesanos, estático ante los prodigios de la nobleza y el valor romancescos, y dotado además de facultades poéticas nada comunes, ha vuelto á la vida del arte, la historia, la leyenda, las creencias, las vacilaciones, los apetitos y las esperanzas de los hispano-mexicanos de los siglos XVI y XVII. Ha contemplado con los ojos del espíritu, moverse y agitarse á aquellos hombres de corazon de bronce y de instinto marcial y guerrero; ha oido el relincho del brioso cor-

cel, el ronco vibrar de la trompeta de batalla, el discorde choque de picas, tizonas, broqueles y armaduras; ha penetrado en los regios salones del sarao, en el oculto retrete de la enamorada doncella, en la oscura y misteriosa celda de la vírgen del Señor, en el sombrío jardin alumbrado por la luna, idílico lugar de cita para los amantes; ha sentido y pensado, en fin, como sintieron y pensaron los hijos de los conquistadores, y ha transformado en fábulas escénicas, ricas de hermosura y grandeza, las turbulencias, preocupaciones y costumbres de aquellos cristianos caballeros, que así daban cuchilladas como las recibían.

Tiene, pues, la monomanía de elegir para época de sus poemas teatrales, la del austero y terrible Felipe II: inocente capricho que se le puede dispensar, en gracia del donaire y primor con que perfuma de arte á los apuestos galanes y hechiceras damas, que vivieron en la centuria del más católico y adusto de todos los reyes de la tierra. Este amor entrañable de Peon y Contreras al primero y segundo siglos coloniales de México, no ha sido obstáculo, empero, para que haya dejado de cultivar la comedia urbana ó doméstica de nuestros dias En *Impulsos del corazon* y en *Luchas de honra y amor*, aunque con cierta entonacion dramática y poniendo en juego enardecidos afectos, próximos á pasiones verdaderas, ha explotado costumbres y sentimientos de nuestra sociedad actual. Cierto es que en ámbas obras ha hecho tomar mucha parte al honor amor y valor, tal como los ha entendido y pintado en sus obras de fisonomía caballeresca; pero, sobre presentar aquellas virtudes, que llevadas á perniciosos extremos son causa de sinsabores y desgracias, idénticos ó parecidos rasgos distintivos en todas las épocas, nada tiene de insólito y extraño el que un autor imprima á todas sus producciones el propio espíritu de que está animado. Precisamente en este como tenaz empeño que los escritores tienen de grabar su alma y su sér en sus

obras, consiste lo que los críticos y retóricos han llamado originalidad. ¡Desgraciado de aquel que no consigue reflejar su carácter personal en sus escritos; porque no pasará á la posteridad, si lo ambiciona, ni siquiera dará lustre y brillo á su nombre entre sus coetáneos, si á ésto aspira y dirige sus designios.

Competencia amorosa sirve siempre de base á las fábulas de Peon y Contreras; pero de tal manera reñida y de tan difícil y peligrosa solucion, que por punto general termina trágicamente. Con frecuencia inmola á inocentes víctimas, como sucede por desgracia en el mundo, donde la justicia no es ciertamente la virtud que más descuella y campea; pero casi siempre castiga al verdugo con el dolor del remordimiento. D. Gaspar de Mendoza causa la muerte de su hijo D. Lope, en *La hija del Rey;* mas se queda en la tierra para llorar el crímen inaudito á que le condujo su ciego y anacrónico amor á Angélica, amada y amante de D. Lope. D. Juan de Benavídes mata con alevosía y en mala ley á su rival y enemigo D. Iñigo, en *Por el joyel del sombrero*; mas en aquel mismo punto pierde la honra, la tranquilidad de conciencia y el amor de Mencía, supremo bien á que aspiraba. Pero áun cuando así no hubiese sucedido, como no sucede de *facto* en algunos otros dramas de Peon, esto no aminoraría en nada el valer intrínseco de los citados poemas escénicos; porque ni el teatro es areópago de criminales, ni la conmocion trágica requiere el castigo del delincuente. Aceptando el precepto de que en el teatro debe administrarse recta justicia, llama desde luego la atencion el que los trágicos griegos, mirados como modelos en el particular, no hubiesen aplicado severísimas penas á los dioses olímpicos, que tramaban y disponían tantas iniquidades y delitos. Curioso sería, por otra parte, que los autores dramáticos tuviesen que aprender el Código Penal, para distribuir los castigos conforme á la

gravedad de las faltas. Más curioso es aún, que los mismos inflexibles censores que reprueban en los poetas modernos los espectáculos sangrientos, se recreen y deleiten ante la matanza final de *Hamlet*, y no vean en ella nada de inícuo ni de monstruoso, sino sólo motivos de culto y veneracion al gran poeta de Stratford. No faltan tampoco rígidos y acaso doctos literatos que, horrorizándose de que en un drama de capa y espada envase con ésta un personaje á otro, miren impasibles y hasta con regocijo, que en uno de frac y guante blanco se obtenga el mismo resultado, y con más ruido, por medio de un pistoletazo. Á tal y tan ilógico extremo conduce el hosco y áspero é irascible espíritu de secta ó de doctrina.

Estimando yo como de suma y cardinal importancia la tésis que vengo sosteniendo, sobre todo con referencia á los dramas de Peon y Contreras, que ha recibido ataques y censuras por su cariño á los desenlaces funestos, paréceme oportuno citar algunas apreciaciones que hice, sobre el mismo tema que ventilo, en una de mis *Revistas dramáticas*, al dar cuenta del estreno en el teatro Nacional de *El capitan Pedreñales*, obra del mismo Peon y Contreras.

Hé aquí dichas apreciaciones:

"Lo que disgustó principalmente al público, fué el trágico final del drama; pues acaso el sentimiento democrático, arraigado ya en casi todas las sociedades, no sólo conduce á abolir la pena de muerte en la vida real, sino tambien en la ficticia del teatro, reflejo de aquella. Pero como en la vida real, aunque la ley no mate, seguirán matando los individuos, habrá necesidad de permitir que se mate tambien en el teatro, so pena de que éste no sea un remedo de la realidad. No me gusta que ningun prójimo pierda la vida, áun cuando no sea más que prójimo ilusorio y fantástico, pero opino porque Melpómene esgrima la guadaña, siempre que la estética y la lógica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

lo requieran. Juzgo más filantrópico dar una puñalada á traicion, que llevar á un cuerdo nobilísimo á la casa de orates, como sucede en *Ó locura ó santidad*, ante cuya tremenda injusticia nadie hace aspavientos, porque no ve arma blanca, ni veneno, ni pistola, contentándose los más sensibles con decir que aquello es una barbaridad."

El efecto dramático nada tiene que ver con la justicia ó injusticia de las pasiones que le produzcan: por el contrario, las más terribles conmociones trágicas se basan por lo regular en monstruosas iniquidades morales. Esto es natural consecuencia de la lógica inflexible y aciaga de la pasion; porque ésta, descarrío del afecto lícito y legal, una vez desatada, arranca de cuajo como el huracan, lo que se le contrapone, y va derecho al logro de su objeto, sin reparar en los medios que para conseguirlo emplea.

Dilucidada por completo, á mi entender, la cuestion de la justicia teatral, creo llegado el momento de desvanecer otro de los cargos más importantes que se han hecho á Peon y Contreras. Hásele tildado de romántico, y no así como quiera, sino de los monomaniacos, furiosos y desmelenados. Con verdadero encono y saña se ha esgrimido esta arma contra el insigne yucateco, cual si fuese un delito de lesa literatura el amor á una escuela de arte, que tantos blasones de gloria ha proporcionado al linaje humano. Nada tendría de particular ni de raro, aunque sí algo de anacrónico y extemporáneo, el que, en pleno siglo XIX, ya sin influjo ni trascendencia las idealidades religiosas que dieron vida al romanticismo, hubiese algun poeta enamorado de él y con anhelo y vehemencia de resucitarle y volverle á su antiguo esplendor. ¡Existen aún hombres-fósiles que adoran en la teología! Pero la nota de romántico imputada á Peon y Contreras carece de apoyo y fundamento. Rechazo y niego la exactitud de semejante nota.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

El romanticismo no está constituido ni caracterizado por la chupa y el chambergo, como el realismo no está caracterizado ni constituido por la levita y el sombrero de felpa. Mezquina concepcion del arte es la que clasifica un drama por el traje que visten sus personajes. Un argumento dramático cualquiera, puede hacerse tener efecto en todas las épocas que registra la historia, con sólo darle el colorido peculiar de cada una de ellas: el hombre y las pasiones que le dominan y subyugan, son idénticos en todos los pueblos y en todos los tiempos, salvas ligeras discrepancias de cultura, tradiciones, hábitos y organizacion política.

Peon mismo lo ha dicho:

> Todas son cual la pasada
> y la actual generacion;
> ayer con capa y espada,
> hoy con levita y baston.

Más honda causa debe tener, pues, la literatura romántica, y en efecto la tiene.

Veámoslo.

El antropomorfismo griego, convirtiendo al hombre, sin fuerzas para luchar con el hado y hasta sin libre albedrío, en autómata sumiso al adverso ó favorable mandato de los dioses, sólo tuvo eficacia para producir un arte plástico y exquisito, cuya sencillez y naturalidad de formas le valió, andando el tiempo, el dictado de clásico. La imitacion de la belleza externa y corpórea fué el único y exclusivo objeto del arte helénico, que se distingue por lo correcto de sus perfiles y contornos, y por la severidad y grandeza de sus proporciones.

La civilizacion teogónica de los antiguos pueblos del Oriente, cuya doctrina panteista miró al sér racional como átomo de la sustancia única y absoluta, pero átomo dotado de libertad

propia, dió existencia á un arte sintético y complicado, exuberante y lujoso, que recibió, siglos despues, en virtud de su carácter alegórico y representativo, la nominacion de simbólico. En la literatura oriental, con especialidad en la índica, se ve al hombre en lid con su conciencia, con el destino y con la naturaleza, y se encuentra el sentimiento del honor y la idea del espíritu. Es seguro que la poesía caballeresca de los siglos medios, romántica por la enormidad de sus fines y la pequeñez de sus arbitrios, fué traida de Palestina, por los cruzados, á las naciones occidentales del Viejo Mundo. El romanticismo, en consecuencia, tiene sus raíces en la India, así como tambien las tiene la religion cristiana.

Ésta modificó en sentido más racional y profundo el concepto de la divinidad y de sus relaciones con el hombre, al cual levantó á la preeminencia de sér dueño de su albedrio y de sus facultades. El cristianismo vió con desprecio lo corpóreo y sensible, concediendo grandísima importancia al pensamiento, y el arte que produjo, denominado romántico, se singulariza y señala por su índole ascética y propension ultramundana y divina. Tomó, por tanto, el romanticismo, solidez y consistencia, en la evangélica predicacion del Mártir del Gólgota.

El ardentísimo culto, empero, que no se dejó de tributar á la literatura clásica, fué causa de que la tradicion helénica no se perdiera y volviese á imponer el cánon poético, en el siglo esplendoroso del gran Luis, merced al eficaz empeño que en ello pusieron los humanistas y poetas franceses, reverenciados á la sazon como hierofantes de las letras.

No transcurrió largo período de tiempo sin que se operase una reaccion. Los bardos alemanes, cuya sutil y metafísica inspiracion anhela perderse en las nieblas de lo recóndito y desconocido, restituyeron en su antiguo sér y magnificencia á

la denostada poesía romántica, que en breve adquirió de nuevo carta de naturaleza en todos los países civilizados, y que llevada á ilícitos extremos y ajigantadas hipérboles, recibió no há muchos años los eternos vales.

Hoy en dia no existen ya genuinos poetas románticos. Los que pretendiendo serlo, lloran infelicidades y amarguras que no sufren ni han sufrido, excitan sólo indiferencia y lástima, cuando no burla y escarnio, si llevan su desconsuelo hasta la atrabílis y la misantropía. Los artífices del teatro, cuya mente agita el exaltado y calenturiento númen romántico, sólo consiguen ahora engendrar monstruosas aberraciones dramáticas, envueltas en espléndida vestidura lírica, que gracias á esto y á otras prendas y perfecciones ajenas del escenario, obtienen éxito, estruendo, popularidad y renombre. Tal suerte cabe á D. José Echegaray, cuyo extraño génio y feroz instinto dramático le conducen á desarrollar argumentos tétricos y sombríos, si bien grandiosos y hasta sublimes. Vivísimos puntos de luz en fondo negro: hé aquí sus dramas. Echegaray es el Rembrandt del teatro.

La época de reflexion, madurez y claridad intelectual en que vivimos, no proporciona coyuntura ni espacio al audaz vuelo de la febril y desordenada musa romántica. El fructífero y especial estudio de la belleza y los asombrosos adelantos hechos en la filosofía y las ciencias, han variado por completo la idea del arte, en cuyas obras se exige hoy absoluta correspondencia y armonía, entre la hermosura del fondo y la hermosura de la forma.

Ahora bien; el arte escénico romántico no hizo más que sustituir el fatalismo gentílico con el fatalismo cristiano. Edipo, en la terrible tragedia de Sófocles, óbra en todo conforme á las misteriosas tramas fraguadas en las alturas del Olimpo, y sufre fatalmente el nefando sacrificio que le decretó la inexo-

rable voluntad de los dioses. D. Álvaro, en *La fuerza del sino*, del duque de Rivas, drama el más romántico del teatro español, perpetra crímen sobre crímen, arrastrado por el vértigo de su infausto destino, y presa de horrible desesperacion, se lanza de lo alto de un peñasco á un precipicio, con el fin de dar término á una existencia maldita, ínterin varios religiosos cantan el *Miserere*, como para acentuar el tono místico del puro y legítimo romanticismo.

¿Hay algo que á esto se parezca ó asemeje en las fábulas dramáticas de Peon y Contreras? De seguro y cierto que no. En ellas todos los personajes traspiran libertad individual y proceden segun el dictámen de sus propios designios, sin estar sujetos á otra fatalidad que no sea la de las humanas pasiones: fatalidad tan horrenda é inflexible, si se quiere, como la pagana ó la romántica, pero que está dentro del hombre y no fuera de él, y cuyos daños puede éste prever y conjurar. El drama, tal como ahora es comprendido y explicado, requiere séres libres, árbitros de su voluntad y dueños y responsables de sus actos; porque los cielos están ya despoblados de sus antiguos númenes y la conciencia humana repele toda intervencion divina en los juicios y obras del sér inteligente. No debe haber esclavos, ni de los señores del cielo, ni de los señores de la tierra.

Peon y Contreras ha escrito simplemente dramas caballerescos, y no en el sentido que se comunica á la palabra *caballeresco*, cuando se habla de los documentos literarios de la Edad Media, sino en el sentido natural y recto de la palabra. Caballeresco significa, literalmente, lo que pertenece al caballero ó le es propio y privativo, y caballeros son los principales personajes de los dramas de Peon. La gente menuda y de ropilla representa casi siempre papel secundario en ellos. Ocioso es añadir que, si caballeros son los hombres, damas y señoras

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

son las mujeres. Y tanto los unos como las otras, y hasta los rodrigones, dueñas, pajes, doncellas y escuderos, que en segunda fila ó término suelen tener su dramita particular, están dibujados por tal forma y estilo, que puede considerarse perfecto el dibujo. Sobre todo, manifiestan tal energía de accion, tal viveza de afectos, tal virilidad de carácter, y tanta vida, movimiento y expresion, que se antojan al expectador personas que ha conocido y tratado, y que por juego ó capricho se le presentan vestidas de truza y calzon de terciopelo.

Impelido nuestro vate yucateco por irresistible y secreta fuerza, hácia el mundo halagüeño y fantástico de las idealidades caballerescas y siendo muy celoso en imprimir sello nacional á sus producciones, óbvio me parece que no ha de andar á caza de asuntos peregrinos en extraños países, cuando el suyo y su fecunda inventiva se los proporcionan en abundancia y exceso. Acaso se me arguya que fueron españolas las costumbres que privaron en la época colonial de México, y que inspiréndose en ellas, no se manifiesta Peon y Contreras tan mexicano como le supongo. Ni desconozco ni niego la exactitud de la objecion; pero hay que tener en cuenta que, si no nos pertenece la cultura del período virreinal, sí nos pertenece su historia. Durante los tres luctuosos siglos que dieron materia al docto Padre Cavo para escribir su laboriosa crónica, hubo en México notable separacion entre los hábitos de los naturales y los de los conquistadores, y fermentó latente pugna entre dos razas heterogéneas y enemigas: hoy, todo ha entrado ya en el fondo comun de nuestra historia, y todo nos es peculiar y propio, cual si la disímbola sociedad mexicana hubiese brotado, como espontánea produccion de la naturaleza, el dia 13 de Agosto de 1521, en que, tras prolongado, heróico y memorable cerco, tomaron la capital del imperio azteca, las aliadas y numerosas huestes de Hernan Cortés. Peon y Con-

treras, sin abatir su espíritu nacional, puede y debe explotar, en consecuencia, las prácticas, usos y costumbres de una época cuyos rastros va borrando el transcurso del tiempo, que todo lo demuele y destruye.

Citaré otras dos pruebas inconcusas de que en nada debilita el carácter pátrio de las obras escénicas de Peon, la circunstancia de hacerlas tener efecto en el período de la dominacion española.—Primera prueba. Sus dramas de la época actual, y cuyos personajes visten á usanza moderna y piensan y sienten como sentimos y pensamos todos en este siglo de las luces, son de la propia índole que sus dramas de capa y espada: argumento irrecusable más, de que las obras teatrales no deben clasificarse ni definirse como si fueran artefactos de indumentaria ó de cerámica. Aquí viene de molde un adagio vulgar que dirime la contienda: *el hábito no hace al monje.*—Segunda prueba. En sus *Romances históricos mexicanos*, valiosísimas joyas de nuestra literatura por las innúmeras bellezas que contienen, celebra heroicidades y glorias de los primitivos habitantes de Anáhuac, y, sin embargo, el espíritu que los anima es el mismo que da vida, brio, esfuerzo y vigor á sus obras escénicas. Más aún: en los romances históricos, escritos años ántes que los poemas teatrales, se hallan los gérmenes de su copiosa vena dramática. La correcta y plástica delineacion de caractéres, la pulida labor y contextura de la fábula, el choque áspero y rudo de tremendas pasiones, el ingenioso enlace y artificio de los episodios, la gallardía y esplendidez de la versificacion, la profundidad y delicadeza de los pensamientos, la exactitud y elegancia de las imágenes, y hasta el estilo por todo extremo seductor y delicioso, de que hace alarde y gala en sus composiciones dramáticas, se traslucen y encuentran ya en sus deleitables romances históricos. Quien los lea, si es discreto é interpreta bien su recamado texto, concibe en el ins-

tante, aunque no conozca los dramas, que el autor posee alto númen calderoniano.—No es dable negar, en tal virtud, que Peon y Contreras ha sido, es y será, segun todas las probabilidades, poeta mexicano por excelencia y superior calidad.

Siendo el religioso sentimiento del honor la base exquisita y primorosa de su drama, inútil es la advertencia de que la riqueza y variedad de éste no estriba ni está en los caractéres, que se parecen unos á otros, como hijos de una misma fantasía y siervos de una misma religion; sino en los lances, peripecias, golpes escénicos, arranques de inspiracion, bizarrías de ingenio y copia abundantísima de colores y matices. En el arreglo y exornacion de la fábula dramática, es vário y cuantioso nuestro poeta, de un modo que maravilla y suspende. Unas veces desarrolla paralelamente dos acciones por igual interesantes, otras intercala oportunos y conmovedores relatos de sucesos anteriores al momento dramático que explota, y casi siempre adorna y hermosea el asunto principal de sus fábulas, con episodios deliciosos y difíciles trances, conflictos y situaciones, en que los personajes ponen á prueba el temple de su carácter y la fortaleza de su virtud. Estas acciones secundarias y como extrañas á la fundamental, tienen, empero, dependencia, conexion y enlace con ella, y ayudan y concurren al logro del objeto dramático, haciendo más suntuoso y vário el conjunto armónico del poema. Suele incurrir, enamorado de los detalles, en el defecto de parar ó detener la accion, por lo que parece que sobran ó no hacen falta algunos de sus actos. En este caso se hallan casi todo el tercero de *La hija del Rey*, gran parte tambien del tercero de *El Conde de Peñalva* y el segundo de *¡Vivo ó muerto!*, en los que, si bien toman más empuje y ardor las pasiones, languidece y se enfría el interes de la accion. Sálva Peon y hace olvidar estos decaimientos con el lujo y brillantez de sus finales de acto, para los que reserva todo su